

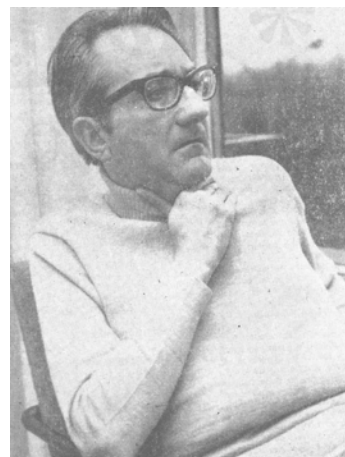
ANTONIO PEREIRA

## UN POETA EN SU TORRE

Empezaría, Antonio, por decirte, junto con Luis Rosales, aquello de "la nieve, de empezar a ser bastante, sigue cayendo". Y lo haría porque tú -poeta, escritor- debes estar cansado de que todos los árboles de Papalaguinda sean manos tuyas, entre vientos inasibles; manos cansadas de agarrar la nada, que huye sufriendo.

Yo sé bien que en ti es posible la verdad, el color de los recuerdos, su ternura, el camino de los aires, el sonido de las distancias, la conciencia. Y lo sé, Antonio, porque el sol enrojecido -¿sería de ira?-, entre las choperas desnudas, ascendía por el camino de tus ojos hacia un Infinito que yo no fui capaz de ver, pero, que me pareció hermano tuyo. Yo sólo vi la vomitona oscura de la azucarera, quizá envuelta en los sudores gastados de los remolacheros de la vega.

Pereira, de cinco a siete. Pereira -con todos mis respetos hacia la Facultad, pero siempre pongo en mi dirección postal Papalaguinda- debe sentir los nervios estirados de los paseos y compararlos con aquellas crines negras del caballo de su abuelo cuando mordía las velocidades con su peso de niño. Ahora, está aquí en el ventanal, a las cinco de la tarde, con sus canas ya estrenadas, con sus gafas, con su suéter, desgastando las pantallas de sus ojos y de sus sensibilidades con el crepúsculo. Sobre la mesa, "Contes choisis", de Guy de Maupassant, y "La Saga/Fuga de J. B.", de Gonzalo Torrente Ballester.



Pereira es como las torres, rostro abierto, abiertos ojos, oídos esperando entre distancias. Esperando, quizá la hora de los hombres.

Pereira, de cinco a siete.

*-De mi vida, puedo decirte poca cosa. Nací en Villafranca. Fui un niño de la guerra, lo que pasa es que fue un niño de la guerra lejana, en el sentido de los frentes de combate e, incluso, de las privaciones. En cambio, sí tuve que sufrir mucho las consecuencias de la postguerra. Yo fue a examinarme a Oviedo, en septiembre de mil novecientos treinta y nueve, la primera vez que*

*después de la guerra había reválida. Era la primera salida de Villafranca y fue un bautismo de hombridad. Era un momento en que debiera haber ido a la Universidad y, al fin, establecer un acceso sistemático a la cultura. Pero las cosas rodaron de forma distinta. Ahora soy un escritor autodidacta, que tanto abundan en España, como bien sabes. Trabajé en cosas diversas, leí mucho y muy desordenadamente. Empecé a escribir muy pronto. Empecé a publicar libros bastante tarde. Y aquí me tienes.*

-Antonio ¿cuánto dinero te costó publicar tus primeras ediciones?

*-Yo no costé ni una sola de las ediciones. Ni la primera, ni la segunda, ni la tercera, ni la octava. Y digo octava, porque “La Costa de los Fuegos Tardíos” hace el número ocho. Mi primer libro fue publicado en la colección “Adonais” y cobré no sé si mil o dos mil pesetas por derechos de autor. Muy poco, como ves, pero cobré. Por cierto, mira lo que son las cosas, que gracias a los contratos correspondientes, tengo asegurada mi jubilación, échale puntos suspensivos sin quieres, precisamente como escritor.*

-Después de ocho ediciones, Pereira...

*-Oye déjame contarlos, no siendo que me equivoque.*

(Y este poeta de alamedas villafranquinas, de vientos, de sonrisas, de cruces, este escritor de alaridos de conciencias y costumbres, empezó a enumerar títulos con sus dedos).

*-Exacto, son ocho los títulos publicados.*

-...Digo, Antonio, si después de todo eso ya tienes tu capacidad creativa vendida.

*-De ninguna manera. Lo único que sucede es que, dentro de los contratos normales establecidos, o por lo menos aconsejados, por el INLE, figura una cláusula de opción a favor de la misma editorial con respecto al próximo libro que uno escriba. Pero se trata sólo de una opción.*

-“La Costa de los Fuegos Tardíos”, tu última novela, ¿te ha producido ya mucho dinero?

*-Esto no lo sé, porque las liquidaciones se producen posteriormente. Ya veremos, a fin de este año y a fin de los años próximos, los resultados que me correspondan por derechos de autor. De todos modos, alguna idea tengo sobre la marcha de la venta del libro, y me parece que no hay razones para estar*

descontento.

### Me siento más yo

Y dijo de ti, Antonio, Miguel Dolç: “Con su verso descarnado o nítido, a veces bronce, incapaz de inútiles adornos, Antonio Pereira enseña al hombre a oírse el corazón, la sangre de sus oráculos, los signos en que nadie cree, la última vibración de la tierra. No se puede aspirar a más verdadera poesía”.

-Y digo yo: ¿tirarías algunas de tus obras al estercolero?

*-No, no. Ya te digo que he empezado a publicar libros. Pero, en compensación, creo que si unos pasos han sido más firmes que otros, la verdad, pienso que no he dado ningún traspie.*

-¿Eres escritor, quizá por haber nacido en Villafranca?

*-Hombre, en Villafranca es fácil nacer con una tendencia y una sensibilidad a la literatura. Ahora bien, de ahí a la dedicación literaria y a que esa sensibilidad se concrete en una obra larga y tendida, hay una distancia que debe llenarse y que de hecho estamos llenando algunos villafranquinos. Ramón Carnicer, por poner un importante ejemplo.*

-¿Tenéis confianza, Pereira, en los editores?

*-Yo creo que sí, aunque la verdad es que nunca me he propuesto seriamente esta cuestión, quizá porque nunca estuve pendiente muy estrictamente de cobrar mis derechos literarios para vivir.*

-¿Y no piensas que dentro de ese mundo hay mucho vividor y mucha trampa?

-¿Te refieres, estrictamente, al mundo editorial?

No, Antonio, a los dos: al de escritores y editores.

*-No, no. A mí me parece que existe una idea muy falsa de este mundillo por parte de quienes piensan en escritores, editores, críticos, etc., siempre echándose zancadillas. A través de mi experiencia personal, te confieso que en el ambiente de la literatura he encontrado amigos extraordinarios que pueden ser, y de hecho lo son algunas veces, amigos disconformes con mi obra o con alguno de sus aspectos.*

-Sinceramente, ¿sientes necesidad de expresar con un papel y -un bolígrafo lo que te rodea?

*-Con un papel y una pluma, que es como yo escribo. Pero, aparte bromas, sí. Absolutamente, sí, en el sentido de que me siento más completo, más yo, más "realizado", y ese realizado me gustaría entre comillas, por emplear esa palabreja tan de moda, que es "realizarse".*

Y fue aquí, justo aquí, donde surgió el hombre de la exactitud, el poeta, el escritor que insiste en el refinamiento, en la depuración. Fue mucho su desprecio al decir: "realizarse".

-¿Cómo es posible que teniendo negocios puedas escribir?

*-Pues, verás. Se lo ha preguntado más gente y me lo preguntan con frecuencia. Mi respuesta es clara: el retirarme a mi casa cada tarde, después de una jornada dedicada a asuntos prosaicos, me coloca en una favorable situación, como de virginidad, frente a las cuartillas en blanco. Yo creo que un catedrático de literatura, pongamos por ejemplo, que ha estado sus horas explicando a los chicos la cuaderna-vía o el Polifemo, de Góngora, debe regresar a su intimidad con muchas menos ganas de escribir un poema o un relato.*

-Antonio Pereira, poeta. Antonio Pereira, escritor. ¿Cuál de los dos?

*-Yo quisiera...*

(Y se quedó pensando, con su mano izquierda rompiendo las canas. Entre sus dedos, un burrito blanco de plástico. Tal vez, era Platero).

-... Yo quisiera que en mí el ser poeta y ser escritor fueran uno y lo mismo. Me gusta sentir, me gusta pensar y me gusta luego poner sobre el papel el resultado literario de mis sentimientos y de mis pensamientos. A veces, esta pretensión lo que pide y lo que necesita es el poema. Otras veces, puesto que fondo y forma van siempre de la mano, hay que escribir un cuento o un artículo periodístico. Y a veces, esto no basta, y uno escribe y escribe, y termina encontrándose con un libro gordo, más o menos una novela.

### Desde el Alto del Portillo

-¿En tu obra hay algo leonés en que hayas puesto mucho, mucho, mucho

cariño?

*-Sí, lo hay. Y mucho. El poema, acaso principal y clave en mi libro "El Regreso", se llama también "El Regreso" Y es la formulación poética de esa hora de la tarde en que tantas veces he vuelto a mi ciudad, y ya en el alto del Portillo, empiezo a sentir esa emoción incomparable de volver que, en realidad, es lo que hace tan hermoso el marchar.*

La vomitona de la azucarera, ahora, era azul. Y Papalaguinda un surco de asfalto. Antonio me regala su obra poética y yo no puedo menos de arrancar para mí, para ustedes, los últimos versos:

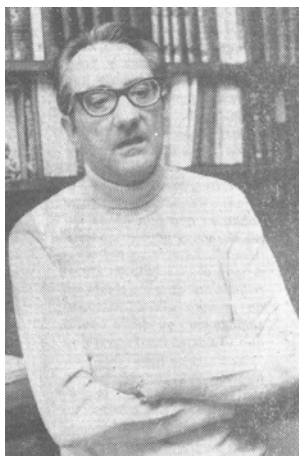
*Y digo ¡cuánto os amo!  
a vosotros, los cien mil habitantes  
de esta ciudad que ni siquiera nombro,  
porque todos lo saben  
su nombre de carbón redondo y puro,  
de trenes en la noche palpitante,  
duro como una espada  
que parte en dos el corazón del aire.*

-¿Adivinas el trauma de León?

*-Más que adivinarlo, diría que lo presiento como una desazón, una inconformidad, un anhelo que está en el ambiente, como si estuviéramos viviendo un momento importante para nuestro porvenir, más o menos próximo. Pero, acaso, sucede que es propio de la condición humana (y de la condición política de los pueblos) el crearse siempre en un momento crucial. En fin, no sé...*

-Los poetas, los escritores, sois capaces de entrar hasta en las entrañas mismas del silencio, Pereira. Forzosamente sabrás cuál es nuestra realidad política.

*-Gracias, Chenchó, en nombre de la "profesión". Hablándote por mí mismo, creo que se sobrevaloras atribuyéndome ver crecer la hierba. Y esta manía poética de estar más en las nubes que en el suelo...*



Dos respuestas terminadas en puntos suspensivos. Tras ellos, seguro, tiene que haber un fabuloso inventario. Pero el poeta esconde su lengua y sonríe. Es suficiente. Y sobra.

-Tú fuiste un niño de la guerra. Conociste el ayer y conoces el hoy. ¿Cómo estamos?

*-Cuando hace un momento, en una pregunta anterior, introduje el término político hablando de la condición política de los pueblos, lo hacía en el sentido más puro y elemental del término. Más alusivo a la convivencia y a los intereses comunes, que a aspectos de la política, tal como suele entenderse muchas veces, e incluso, como quizá parece desprenderse de tu pregunta. En este último aspecto, no me parece que yo tenga nada que decir. Por lo menos, ahora y aquí.*

-Por ejemplo, Antonio: ¿no notas aquí, en León, algo así como una inquietud temblorosa por nuestra política provincial?

*-¡Qué preciosidad, Chenchó, eso de la inquietud temblorosa! Esas palabras tuyas, tan bonitas, y dichas aquí, en Papalaguinda, en esta puesta de sol tan romántica, al que acreditan como poeta es a ti mismo, de manera que responde tú*

Y se levantó de la silla, con su sonrisa berciana, mientras que -fue sólo un segundo- todos los árboles del paseo me parecieron esqueletos sin luz, muertes repentinas.

-¿Poeta, escritor o cantaclaro? Eres apacible, ¿no?

*-Mira, yo soy pacífico por naturaleza, lo cual no quiere decir que sea manso, y eso que las Bienaventuranzas tratan muy bien a los mansos. Pero, en fin, de esas cosas que me preguntas, digamos que lo que yo prefiero ser es poeta, poeta lírico, cuanto más lírico, mejor. ¿Te he dicho ya, amigo Chenchó, qué precioso crepúsculo romántico se ve desde esta ventana, que mira en este atardecer hacia Oteruelo? ¿Te lo habla dicho?*

-Pero hoy triunfa, digamos, la literatura grosera. ¿Tiene en ti cabida?

*-No, y no lo digo por unas razones éticas a ultranza, sino porque, estéticamente, me parece que el taco es un recurso interesante tan sólo si se le economiza y si se le emplea con mucho talento y oportunidad. Por ejemplo, lo*

*que me gusta en algunas páginas de Cela, es cuando lo emplea a modo de ruptura brusca de una situación meliflua. Fíjate aquí, en "Tobogán de hambrientos". (Y abre el libro, mostrándomelo). Doña Lola es una señora muy bien hablada, con cuñada muy bien hablada, que incluso toca el harpa. Doña Lola, en cierto modo, habla muy pomposamente de la vida de los artistas, que debe ser siempre un modelo de sobriedad y lo corona así: "¿Queden los hijos para quienes el arte no asiste con su acompañadora presencia?" Y es aquí, eficazmente, cuando el interlocutor suelta: "¡jo..., que frase!" Solo que en vez de jo..., lo que se dice es un infinitivo sonoro, rotundo y celtibérico que el director no te iba a dejar pasar*

### La hora de la serenidad

El sol se había escondido ya, sí, quizá besando al Teleno en su despedida. Y empezaban a borrarse las distancias y los tamaños. ¿Por qué existe lo opaco? Pereira, desde su torre -Papalaguinda, 19 - 3°, como reza en su dirección postal- quizá estaba preguntándose por qué no es luz la noche misma.

-¿Harás algún día una novela de crítica dura al hombre leonés?

*-Es curiosa la pregunta, porque parece como si hubieras olfateado el secreto de mí, quizá, próxima novela, todavía muy en embrión. Ahora bien, si consigo llevar a buen puerto esa empresa que ahora empieza a esbozarse, no va a ser la crítica, exactamente, del hombre leonés, sino del hombre y de la sociedad en una ciudad española de nuestro tiempo actual, y de dimensiones y circunstancias similares a las de León. Conste, que esta aclaración no te la hago para curarme en salud o para escurrir el bulto anticipadamente. Es que mi ambición de novelista está más abocada a lo universal, aunque parta de lo provincial, que a una mera transposición o crítica de la realidad leonesa, empeño que no valdría la pena por sí sólo.*

-¿Dentro de tu propio camino, Antonio, qué espacio ocupas ahora, hoy?

*-No sé si estoy en el mejor momento, pero sí estoy en el de la serenidad. Literatura y vida suelen marchar unidas, y por esto creo que la serenidad vital de mi carrera de hombre determina la serenidad de mi andadura de escritor.*

-El día de mañana, poeta, ¿dónde te gustaría que instalasen tu monumento?

*-León, bien debes saberlo, es una ciudad de pocas estatuas. Hay muchos*

*personajes de nuestra historia, como sin duda reconocerá el Padre Pérez de Urbel, que llevan siglos mereciendo ese premio a la intemperie. Por eso, desde ahora mismo, me declaro al margen de tal posibilidad. En todo caso quizás un rincón abrigado, allá en el Jardín de Villafranca...*

Así, exactamente así, tiene que terminar la entrevista con un escritor, con un poeta: con puntos suspensivos. Porque envolviéndolos, ahogándolos, la riada de sensibilidades de Antonio Pereira habrá visto, no el color, sino hasta el olor de las rosas creciendo alrededor de su bronce, mármol o piedra.

**Chencho**  
**(Foto de César)**